

LA TUMBA DE ANTÍGONA

1a ed.: México, siglo XXI, 1967, recogido en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1986 y en Madrid, SGAE, 1997.

Anna Formentí

Esta obra de María Zambrano fue escrita durante su residencia en La Pièce, Francia, y se publicó en el año 1967, en México, Siglo XXI. La tumba de Antígona se encuentra también recogida en la publicación de Senderos, por la editorial Anthropos, en el año 1986.

En La tumba de Antígona nos encontramos con una propuesta innovadora en la que su autora, María Zambrano, reabre una puerta que había quedado sellada con el dramático final que Sófocles resuelve dar a su tragedia Antígona. En la tragedia griega, Antígona se ve condenada por Creón a sufrir una de las peores muertes posibles: ser enterrada viva en una cueva para morir lentamente de inanición, y de esa forma, según el criterio de Creón, dedicar sus últimos suspiros a recapacitar sobre sus actos de rebeldía contra las leyes de la ciudad por él legitimadas. Nada más lejos que eso, Antígona decide suicidarse una vez entra en la cueva. En el entendimiento de Antígona, según Sófocles, no hay lugar para las razones que pueden llevar a condenar un acto de hermandad, un acto que responde fielmente a las leyes divinas, eternas e inquebrantables, y por nadie escritas. Y es así, embebida de estas leyes desde su uso de razón, como Antígona conforma y entiende su acto de dar el ritual de sepultura al hermano muerto en batalla, por más que éste se encontrara del lado de los invasores de su ciudad, acto que la llevará, siendo ella consciente de su transgresión, a sufrir la condena impuesta por Creón: la muerte.

Si en la obra de Sófocles, Antígona, movida por la furia de la incomprensión y el abandono que siente por parte de estos dioses a quienes se ha consagrado enteramente, pone fin a su vida una vez entra en la tumba, en la obra de Zambrano ésta renacerá en su tumba con un único propósito: darse el ser, la forma y el contenido que en vida nunca se dio. En realidad, la opción de Zambrano es la única que permite una verdadera existencia de Antígona, de la persona Antígona, y por esto Zambrano difiere de Sófocles cuando dice que ella se suicidó en su tumba: "Mas ¿podía Antígona darse la muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida?". De esa forma convierte Zambrano la tumba de Antígona en cuna de su ser naciente. Zambrano intenta alumbrar lo que en la tragedia de Sófocles queda a oscuras; el interior de su principal personaje, las razones y sinrazones que Antígona guarda en sus entrañas y que no han podido salir a la luz, sus miedos y sus rencores, todo aquello que desconoce de ella misma y que va descubriendo a medida que se acerca a su fin. Esa vida no vivida de Antígona es lo que Zambrano pretende rescatar, puesto que, como dice en el prólogo, su esencia en vida fue la del sacrificio: "Esta esencia era sustancia, materia prima de sacrificio que el sacrificio solo puede consumir."

El proceso que llevará a Antígona al despertar de su conciencia, al conocimiento de su ser, se va dando en el transcurso de un día. En él se le aparecen sus fantasmas, sus sombras del pasado, y los que aún vivos han marcado su destino; se encuentra con Edipo, con Ana la nodriza, con la sombra de la madre, con sus hermanos, su novio y con Creón. Para llevar a cabo esa confrontación de voces internas, o fantasmas, que

habitan en Antígona, Zambrano propone una forma de diálogo, con ciertos rasgos de estilo parecidos al drama griego. En el diálogo que mantiene con ellos, Antígona va despertando y tomando conciencia de su situación, y poco a poco va arrojando fuera de sí todas las capas de moralidad, leyes y razones con las que la habían vestido y preparado para la vida. Sólo cuando haya conseguido desembarazarse de toda esa estructura, una vez se encuentre en estado puro, Antígona podrá empezar a escucharse, y ahora, libre de la voz de sus fantasmas, se podrá conocer a sí misma. Pero para conseguir esto tendrá que pasar por todo: "por los infiernos de la soledad, del delirio, por el fuego, para acabar dando esa luz que sólo en el corazón se enciende, que sólo por el corazón se enciende."

Paralelamente al descenso que vive Antígona hacia las profundidades oscuras de sus entrañas, de sus propias tinieblas, Zambrano interpone, en un juego de contrarios, el ir sucediéndose lentamente de la luz del día que brilla a fuera. Mientras en el exterior es de día, en el interior de Antígona, de su corazón, reina la oscuridad, la ceguera de su entendimiento. Mas, a medida que transcurre el día, y la luz que le entra por una pequeña ranura de la cueva se va debilitando, conforme el día fuera va llegando a su fin, en Antígona se va abriendo paso una nueva luz, una luz que nace, ahora sí, de su corazón, de la unión con su ser. A través del diálogo con sus fantasmas Antígona va encontrando su propia luz, su razón de ser, y en su desarrollo interior ella se va transfigurando en su propia aurora, sin necesidad ya de la luz del Sol exterior para que la ilumine en su andar. Antígona se va convirtiendo, así, en la figura de la aurora de la conciencia: "Su pureza se hace claridad y aun sustancia misma de humana conciencia en estado naciente."